

CAPÍTULO VIGÉSIMO TERCERO:

EPÍLOGO

-Y eso es todo -dijo el androide.

Emesiete había sido reconstruido, aunque también había sufrido varios ataques en los últimos años. El aspecto del androide ya no parecía tan carente de edad como al principio: Abolladuras y remaches daban a entender que había visto mucha acción, mucha más de la que se esperaba de una máquina.

El androide había estado hablando con un joven alienígena, un reptil cuadrúpedo muy grande, de algo más de metro setenta de altura, mucho más alto que Emesiete. Este extraterrestre, a diferencia de los adultos de su especie, aún no había desarrollado los pinchos alrededor de su cabeza, y su espina dorsal apenas tenía el inicio de lo que algún día podrían ser púas.

Ambos avanzaban por el interior de uno de los edificios más altos que el alienígena había visto jamás; su inmensa envergadura casi ocupaba todo el pasillo y Emesiete iba delante de él, porque no habría cabido si hubiese ido al lado.

Cuando pasaron varios segundos sin que Emesiete dijese nada más, el alienígena, que hasta entonces había guardado silencio para no interrumpirle, se atrevió a hablar.

-Es increíble -dijo-. Es... Bueno, es realmente asombroso. Nunca antes había pensado en la maestra Seiza de ese modo.

El androide hizo un gesto que le había enseñado un 3PO conocido suyo.

-Fue poco después cuando me encontré, ¿verdad? -continuó el alienígena-. Me rescató de los esclavistas y me tomó como su aprendiz. De eso hace ya casi quince años.

-Catorce años, siete meses, tres días, dos horas y diecinueve segundos -especificó el androide-. Desde mi punto de vista.

-Muchas gracias por contármelo, Emesiete -dijo el alienígena-. Siempre me lo pregunté. Yo sabía que mi padre había sido el maestro de la maestra Seiza, pero ella nunca me quiso contar cómo murió. Una vez le arranqué que había muerto heroicamente en combate, pero otra vez se le escapó que había sido ella quien le había matado. No entendía cómo podían ser verdad las dos cosas, y creí que me había engañado...

-Tu maestra no te engañaría -dijo Emesiete.

-¿Puedo hacerte otra pregunta? -dijo el muchacho.

-Adelante -respondió el robot.

-¿Por qué nunca la llamas "ama Seiza"? Tú eres un androide, y ella es tu ama. ¿No deberías referirte a ella así?

-Inexacto -corrigió Emesiete-. Ella no es mi ama, y nunca lo ha sido. Técnicamente, yo fui adquirido por un conglomerado corporativo, pero quebró. Desde entonces, he estado con tu maestra no porque ella sea mi ama, sino porque me cae bien, y porque ella y yo siempre llevamos el mismo rumbo.

-Eres increíble -dijo el alienígena.

-Ella es increíble -Emesiete recalcó la entonación de la palabra "ella".

-Sí -admitió el chico-. Me queda mucho por aprender, pero ella nunca me presiona. Tal vez sea la mejor forma de conseguir que mi entrenamiento cunda. Es muy sabia.

El joven no sabía con seguridad adónde le estaba llevando el androide, pero en la última década y media (o casi), había aprendido a confiar en él, en la máquina a la que llamaba amigo.

El susodicho le había llevado hasta lo que parecía una puerta cerrada. Extendió uno de sus apéndices que utilizaba como extremidades, lo introdujo en una criptocerradura y la puerta se cerró hacia arriba.

El reptil parpadeó un par de veces, un tic que le había quedado después de pasar demasiado tiempo con mamíferos y androides programados para interactuar con mamíferos. No era la primera vez que veía esa ciudad en los últimos días, ni siquiera desde una perspectiva como ésta, pero aún no se había acostumbrado.

Después de todo, Coruscant siempre fue una vista espectacular.

Los edificios eran tan altos que el suelo no se podía ya no ver, sino siquiera imaginar. Sin embargo, desde la posición en que estaban, algunas azoteas puntiagudas eran visibles, y tenían bastante mejor aspecto del que habían tenido durante el Imperio. Sólo por encima de estas construcciones se podía llegar a ver un cielo que, aunque aún no había llegado al azul natural que una vez tuvo, estaba mejorando su aspecto poco a poco.

El espacio entre edificios estaba claramente surcado por esas líneas móviles a través de las cuales debían moverse todos los vehículos, excepto unos pocos que tuviesen una autorización especial justificándolo. Uno de esos vehículos aguardaba al otro lado de la puerta, un vehículo teóricamente pensado para seis tripulantes, pero en el que apenas cabría Emesiete después de que entrase el inmenso alienígena.

Éste, efectivamente, saltó sobre el vehículo y se intentó acomodar como pudo en asientos que, claramente, no se habían diseñado pensando en cuadrúpedos. El vehículo inicialmente se balanceó ante el sorprendente tonelaje de

su pasajero, pero pronto se equilibraría y se mantendría en su sitio. Emesiete tuvo muchas menos dificultades para llegar a su puesto de piloto, y utilizó su programación para manejar los controles y acercarse a una de las líneas de circulación habitual.

-¿Por qué no vamos directamente? -preguntó el chico al ver hacia dónde iba el androide-. Tenemos autoridad para saltarnos estos embotellamientos yendo...

-¿Tienes prisa? -le interrumpió el androide-. Esto no es una emergencia, joven jedi. Parece que yo prestaba más atención que tú cuando tu maestra te enseñó a tener paciencia.

El alienígena asintió con su inmensa cabeza y cerró los ojos. Durante el resto del viaje, no dijo una palabra. Seiza había enseñado al chico a meditar detenidamente cada lección que aprendiese, justo después de aprenderla.

-Sobre todo -parecía resonar la voz de la maestra en el aire-, las lecciones que incluyan conceptos morales. No es importante que aprendas todos los poderes de la Fuerza. Es importante que sepas para qué usar los que aprendas.

Después de un viaje cuyo principal problema fue el tedio, el vehículo se acercó al suelo en un lugar demasiado próximo a un monumental edificio de clara importancia política.

-Siento algo... -dijo el alienígena-. Puedo sentir la Fuerza. Puedo sentir a los jedi...

-Tu maestra estará satisfecha -dijo Emesiete.

-Siento su presencia -afirmó tajantemente el aprendiz.

-Bien -asintió tangencialmente el androide, sin darle importancia al hecho.

El vehículo se posó en una plataforma flotante en mitad del aire, alrededor de la cual seguían circulando los otros vehículos en sus líneas mortalmente lentas. Cuando el alienígena descendió, la plataforma se movió imperceptiblemente mientras se ajustaba a su inmenso peso. El orgánico, ajeno a esto, sólo movió la cabeza hacia los lados.

-No hay nadie -dijo a Emesiete, algo decepcionado.

-No -afirmó el androide sin ningún tipo de inflexión; él ya esperaba esto.

-Bueno, yo esperaba... -insistió el muchacho-. No sé, un droide de protocolo que nos dijera adónde debemos ir.

-Hace un momento sentías la presencia de tu maestra -le dijo la máquina-. ¿Puedes guiarnos hasta ella?

Con gran confianza en sus posibilidades, el inmenso aprendiz caminó a trancos hacia un edificio próximo, unido a la plataforma por un estrecho pasillo, y se acercó a la puerta.

Antes de que llegase, la puerta se abrió introduciéndose en la pared de la izquierda, y una mujer surgió del

interior del edificio. El aprendiz se permitió una sonrisa al ver a su maestra.

Aunque los años no habían pasado en balde, y ahora ella estaba mayor, la verdad era que no había perdido ni un ápice de su atractivo. Ahora su aspecto era de madurez, y no de juventud, pero Seiza mantenía su excelente forma física y su rostro aún conservaba esas facciones que tanto habían atraído a Hoox y, antes que a él, a Halkias. Seguía estando preciosa, pero de otro modo.

Su vestido era bastante sencillo y no menos modesto, la clásica toga que llevaban los jedi simbolizando que su deber es para con todos los habitantes de las estrellas, incluso los más humildes. Aunque la toga, de color granate, no era en absoluto lujosa, Seiza la vestía con dignidad.

Sonrió a su aprendiz y le pidió que se acercase haciendo un gesto con una mano. El alienígena fue con ella, entrando en el edificio, y dentro de la pequeña estancia pudo ver a otro humano.

Se trataba de una hembra de cortos cabellos negros manchados con canas, que aparentaba estar llegando a los cuarenta años. Vestía la túnica de jedi, en color negro, y el aprendiz se sintió impresionado al comprobar lo intensa que era la Fuerza en ella.

-Supongo que recuerdas a la maestra Mhist -dijo Seiza a su discípulo.

Rápidamente, el alienígena retrocedió varios pasos, agachó la cabeza cuanto pudo y cerró los ojos.

-Me honra poder volver a verla, maestra Mhist -dijo.

-No, por favor -protestó Mhist-. No guardes todo este protocolo por mí. Resérvate para la ceremonia -esta última frase la dijo arqueando las cejas.

-Emesiete y yo hemos comprobado la zona asignada, maestras -dijo, sintiéndose algo desconcertado al estar ante Mhist, a la que creía muerta-. No hemos encontrado nada.

Rápidamente, Seiza se giró hacia Mhist y, mirándole a los ojos, le dijo:

-Si mi aprendiz dice que no ha encontrado nada, es que no había nada que encontrar.

Mhist se llevó una mano a la barbilla y meditó mientras Seiza le exponía su opinión.

-Bien -dijo-, pero dadas las circunstancias, toda precaución es poca. Los más importantes dignatarios de más de diez mil sistemas se reunirán hoy. Serían muy vulnerables al ataque de una fuerza enemiga.

-¿Con las medidas de seguridad que hay desplegadas? -protestó el alienígena-. Las naves insignia de miles de flotas están orbitando el planeta, y cuando estaba ahí fuera no me podía creer cuántos civiles eran realmente agentes de seguridad disfrazados.

-Eso funcionaría contra amenazas normales -dijo Mhist, veterana de más lides que el chico-, pero contra un usuario

del lado oscuro, somos la única línea de defensa.

-Cierto, maestra Mhist -dijo el aprendiz, bajando de nuevo la cabeza-. Pido disculpas por mi ímpetu.

-Disculpas aceptadas, y ahora yérgete -dijo Mhist-. Dada la peligrosidad de la situación, en Coruscant solicitamos la presencia de todos los jedi disponibles. Os agradezco a ti y a tu maestra que respondieses a la llamada.

Ella hizo un gesto con la cabeza.

-Por favor, seguidme -dijo Mhist-. El resto de los jedi ya están esperando.

-¿Tan importante es esta reunión? -preguntó el alienígena.

-Como te he dicho, todos aquellos sistemas que han aceptado la paz estan aquí representados. Desde que cayó el Imperio, se ha llevado una larga batalla contra los anarquistas. Ha sido muy duro convencer a los representantes para que accedieran a venir a este encuentro. Y es peligroso ya que aún hay muchos sistemas y líderes que se resisten a aceptar una paz continuada por motivos políticos y económicos. Mucho me temo que la calma significa con demasiada frecuencia un descenso en los ingresos de la mayoría de los malhechores de esta galaxia. La paz no les viene bien y por eso intentan destruir todo aquello que se parezca remotamente a un orden como había antaño.

-¿Pero algún día dejarán de pelear? -pregunto el aprendiz, mientras caminaban por extensos pasillos con grandes ventanales.

-Posiblemente entren en razón. Desde luego tienen y tendrán su oportunidad. Pero para que se incluyan en el grupo, el resto de los sistemas pacíficos han de estar unidos sin fisuras. El conjunto ha de ser mas eficaz que el sistema independiente.

-¿Y si no se rinden? ¿Y si no ven las ventajas? -volvió a preguntar el aprendiz. Seiza, que había permanecido en silencio durante todo ese tiempo, tosió un poco en señal de disculpa.

Mhist la miró y sonrió, volvió a mirar al aprendiz y dijo:

-Si vienen a nosotros con buena voluntad, eso será lo que obtengan. Pero si pretenden guerra, tendrán guerra. Que nadie dude jamás en la fuerza de la unión. Aunque también te aseguro que la violencia sería el último recurso. Por experiencia sabemos que la guerra nunca engendra nada bueno.

-Pero yo sigo sin entender... -quisó decir el alumno.

-Ah, amigo, yo tampoco entiendo muchas cosas -dijo Mhist sonriendo-. El tiempo se encargará de resolver tus dudas. Y bien, os he reservado a ti y a Emesiete un puesto en un lateral de la sala, para que podais observar junto con el resto de los aprendices. Tu maestra y yo estaremos en los balcones superiores.

-Estaré atento -dijo el aprendiz-. Muchas gracias.

Seiza y Mhist siguieron caminando por el pasillo y se metieron en el elevador que había al final. Mientras, Emesiete y el aprendiz, pensativo, se dirigieron al lugar convenido.

Una sala rectangular de dimensiones gigantescas había sido construida para la ocasión, toda ella iluminada con luz blanca indirecta que salía de apliques en varios puntos del recinto. En uno de los extremos, enfrentado a los asientos y delante de dos pantallas gigantescas, se encontraba el gran atril de exposición y rodeándolo en un semicírculo estaban los asientos de las personalidades más destacadas.

Toda la sala estaba repleta de asientos iguales, puestos en miles de largas filas. En las paredes que rodeaban aquel gran foro y situados en distintos niveles se encontraban varios balcones que en unos minutos estarían repletos de observadores y miembros de la seguridad. En el balcón más prominente y notorio estaban en formación todos los jedi activos. colocados codo con codo en una hilera que rodeaba totalmente la sala.

Justo en uno de los laterales de aquel balcón, junto a la tribuna, se colocaron Mhist y Seiza junto con el resto de los jedi en perfecta formación. Hacía mucho tiempo que no se recordaba una concentración de jedi igual, todos con sus uniformes y sables al cinto.

Seiza no pudo reprimir su asombro al ver todo aquello, y cuando se disponía a pronunciar algo:

-Ya comienzan a llegar -dijo un jedi cercano con una cabeza puntiaguda de la que surgían dos gruesas colas.

Empezó a aparecer un interminable desfile de criaturas humanoides y no tan humanoides, de múltiples especies, oyéndose exclamaciones de asombro al ver la grandeza de la sala, los jedi allí formados...

-Si alguien va a atacar, lo hará a partir de ahora -murmuró Mhist.

-¿Tu crees que..? -quiso preguntar Seiza.

-Puedo imaginar mil y una maneras de atacarnos, pero estamos prevenidos contra todas. No me preocupan -dijo Mhist seriamente.

-¿Y por que estas tan nerviosa? -le preguntó Seiza.

-Por todas aquellas maneras de ataque que no puedo imaginar -sentenció Mhist.

Dignatarios de infinidad de sistemas, todos ellos pertenecientes a la Nueva República, empezaron a tomar asiento dentro del edificio político. Lo que hasta hacía escasos segundos eran butacas monocromáticas acorde con la decoración de la sala, ahora eran un ruidoso mosaico multicolor de mil razas.

Entonces algo involuntario hizo que la vista de Seiza se fijara en un punto de aquella sala y le vio, sintiendo al tiempo que un escalofrío recorría su espalda.

Llevaba un uniforme blanco claramente militar, con la elegancia del que usaban los Grandes Almirantes del Imperio, pero el diseño mismo había sufrido muchas modificaciones que lo acercaban más al aspecto de los almirantes de la Nueva República. Tal vez una de las modificaciones más importantes fuese la desaparición de la insignia rectangular de su pecho, sustituida por los cinco círculos azules de un almirante de la República. El sable de luz colgaba de su cinturón como un mero complemento que no pretendía utilizar y que, de hecho, no había utilizado en quince años salvo para entrenar. El arduo entrenamiento físico al que seguía sometándose se notaba: Su musculatura no se había reducido un ápice, aunque la ropa intentase en vano ocultarla.

Pero su rostro sí había sufrido cambios. Se mantenía en muchos aspectos prácticamente igual que hacía quince años y, después de todo, no es como si él fuese un anciano. Aún no tenía arrugas, ni tampoco ojeras, pero sus ojos reflejaban mucha más sabiduría que la última vez. Además, sus sienes se habían teñido de blanco prematuramente, lo cual no hacía sino darle un aspecto más interesante.

Seiza se quedó perpleja al verle e insistió en seguirle con la mirada. Tuvo que utilizar sus poderes de la Fuerza para no perderle de vista cuando estuvo demasiado lejos, aún sabiendo que, probablemente, él no la había visto.

Pero, antes de tomar asiento junto con su delegación, él miró directamente a los ojos de Seiza e hizo un gesto casi imperceptible. ¿La había visto? No, imposible. Estaba demasiado lejos. Seiza no podía estar segura. Podría haber sido casualidad. Quizá ni siquiera hizo el gesto...

La había visto.

Seiza suspiró.

-Vaya, vaya. ¿Y ahora quién es la que está nerviosa? - murmuró Mhist sonriendo.

-Oh, cállate -le espetó Seiza con media sonrisa-. Lo sabías y no dijiste nada.

-Es que no me lo preguntaste -dijo Mhist en voz baja.

-Hagan el favor de mantener la compostura, maestras -dijo medio en serio medio en broma un jedi que Mhist tenía a la derecha.

Mhist le miró de reojo mientras arqueaba una ceja. Seiza se puso colorada.

-Por supuesto, mi maestro -dijo Mhist con una sonrisa.

Cuando toda la sala se terminó de llenar, las delegaciones tomaron asiento, y llegaron las autoridades, se hizo el silencio absoluto y se procedió a la apertura de aquella la mayor asamblea recordada desde hacía décadas.

El día estaba terminando, y la maestra Seiza había sido liberada de sus obligaciones. El lado oscuro de la Fuerza

no se había hecho notar durante la recepción; sin embargo, el viaje hasta Coruscant habría merecido la pena sólo por haber podido conocer personalmente a otros maestros jedi, por haberse reunido con los que ya conocía, y por haber podido intercambiar opiniones con ellos.

Y por haberle visto de nuevo, claro.

Seiza se relajaba en una azotea de Coruscant, sentada ante una mesa. Toda la tensión, las discusiones, ni un segundo libre desde que llegó al planeta... Estaba agotada y, aunque podía ir tirando de la Fuerza para que no se notase, la verdad era que ansiaba realmente un sólo momento de relajación. Su aprendiz y el androide se habían ido a visitar la ciudad, si es que eso se puede hacer en un lugar como Coruscant. De todos modos, a Emesiete no le costaría mucho llevar al chico a visitar unos cuantos lugares de interés.

Mientras tanto, Seiza se relajaría un rato, sentada en una azotea y observando el paisaje. La azotea, uno de tantos puntos turísticos en Coruscant, se alzaba por encima de la mayoría de las construcciones, que se extendían en todas direcciones. Seiza no podía siquiera suponer cuál sería la altura de ninguna de ellas.

Por encima de su cabeza, sin embargo, seguían surcando el cielo despejado las líneas de vehículos voladores, cuadriculando la visión de la tarde. Seiza casi ignoró la vista, cerró los ojos y dejó que la Fuerza la rodease y la atravesase como a un junco en el lecho de un río. Ella no vio cómo un sistema computerizado abría la parte central de su mesa y, desde dentro, hacía subir la bebida que ella había pedido.

Al cabo de lo que podrían haber sido escasos segundos o varios minutos, Seiza abrió los ojos y se fijó en su bebida. Un vaso opaco contenía un líquido verde y humeante que parecía ser agua pantanosa estancada. Suspirando cansinamente, Seiza observó la bebida y extendió su mano para coger el vaso pero, antes de que pudiese alcanzarlo, sintió una presencia tras ella.

Seiza abrió los ojos y volvió la cabeza lentamente, como temiendo no ver lo que esperaba ver, temiendo que hubiese sido algún tipo de alucinación sensitiva.

Pero no. Ahí estaba él.

Se había cambiado de ropa. Ahora nada estaba más lejos de su aspecto que esos protocolarios uniformes militares que tenía que llevar a las recepciones políticas. No, esta vez podía vestir con otro atavío, y parecía haber elegido unas ropas más similares a las que la propia Seiza utilizaba, a las ropas que utilizaba cuando entrenaba con el sable de luz... Las ropas de un jedi.

-Es él -pensaba Seiza, y un instante después lamentaba no haber tenido ocasión de arreglarse. Se quedó tan perpleja durante casi diez segundos no puedo decir nada, hasta que

se fijó en la expresión confusa que adoptaba el rostro de Hoox.

-Hola... -dijo Seiza con sonrisa perpleja-. Oh... Siéntate... Será un... -dijo Seiza señalando con la mano.

Antes de que Seiza pudiera seguir balbuceando, Hoox cogió su pequeña mano entre sus dedos y le plantó un beso en los nudillos. Ella sonrió y guardó silencio.

-Los años -dijo Hoox mientras se sentaba- han sido más generosos contigo que conmigo.

-Adulador -le acusó ella-. De todos modos, esas canas te quedan muy bien.

-¿Quién está adulando ahora? -dijo Hoox, y entonces observó una luz en la mesa que parpadeaba insistentemente, instándole a que pidiese alguna bebida-. Un vaso de kerapht, por favor -solicito al fin.

En menos tiempo del que tardó él en pedirlo, la mesa le presentó su bebida, abriéndose como se había abierto antes, y la puso al otro extremo de la mesa, lejos de la de Seiza.

-Querría darte las gracias -dijo Seiza. Hoox la miró, preguntándole por qué sin decir una palabra-. Por todo lo que has hecho por Junagadh. Prácticamente has terminado con el crimen, la polución, el desempleo... La economía va estupendamente. Has traído la paz y la prosperidad al sector.

-Lamento decepcionarte, amor mío -dijo Hoox-, pero eso no lo he hecho por ti. Al menos, no únicamente por ti. Soy el gobernante de todo el sector, y eso significa que soy no el amo de sus habitantes, sino su esclavo. Mi misión es velar por los intereses de cuantos habitan en una de las estrellas que caen bajo mi responsabilidad. Lo he dado todo en su nombre.

-En el nombre de las estrellas -terminó Seiza-. Pero también te uniste a la Nueva República.

-Probablemente influenciado por ti -aventuró Hoox mientras miraba a Seiza con un cariñoso reproche. La jedi fingió sorpresa abriendo la boca divertida y señalándose al esternón con el dedo índice.

-¿No estarás acusándome de controlar tu mente? -preguntó ella, incapaz de contener una sonrisa.

-No mi mente -dijo Hoox-. Sólo mi corazón, si es que te parece poco.

Seiza apoyó su codo en la mesa y su boca en la mano mientras miraba a Hoox. No hacía falta sentir la Fuerza para poder percibir todo el amor que él le profesaba a ella. Lo peor era que ella también lo sentía por él.

-¿Nunca te lo preguntas? -dijo Seiza.

-¿El qué? -dijo Hoox.

-Cómo habría podido ser -dijo Seiza-. Si no estuviésemos atados por nuestras responsabilidades. Si pudiésemos estar juntos. Si...

-Nunca -dijo Hoox categóricamente-. Sabes que no soy

ningún idealista. Luchar en el nombre de las estrellas ocupa casi todo mi tiempo. Esas fantasías, esos "qué habría pasado si", son para los niños. Yo soy un adulto, y sé que no.

Hoox cogió su vaso y lo levantó pero, cuando lo acercaba a sus labios, cambió de idea y lo volvió a poner sobre la mesa.

-¿A quién voy a engañar? -dijo, elevando las pupilas, y después volvió a dirigirlas hacia Seiza-. Por supuesto que lo pienso, Seiza. Todos y cada uno de los días que han pasado desde que te fuiste. A veces, creo que mi amor por ti es lo único que me impide caer rendido.

Seiza sonrió mientras le miraba amorosamente.

-¿No me vas a preguntar si yo lo sigo sintiendo? -dijo ella.

-Me lo dirás si quieres decírmelo -dijo Hoox, con toda tranquilidad-. No te voy a poner en un callejón sin salida.

-Supongo que ya te has dado cuenta, ¿verdad? -le acusó ella-. Probablemente, antes de acercarte a mí utilizaste tus poderes del lado oscuro para sondearme y averiguar mis emociones.

-No he utilizado nada relacionado con el lado oscuro desde hace quince años -dijo Hoox, y bebió, ahora sí, un trago de su vaso mientras disfrutaba de la expresión de sorpresa de Seiza.

-Cuesta creer algo así -dijo Seiza-. Por otra parte, explica un poco la impresión que me dan mis poderes sobre ti.

-¿De qué se trata? -preguntó Hoox.

-El lado oscuro ha arraigado firmemente en ti -dijo ella-, pero casi todas sus ramas han sido podadas.

-¿"Casi"? -repitió Hoox, como si la palabra fuese una maldición-. Tendré que esforzarme más. Igual que tú te esfuerzas. Nunca otro Manendra.

-Nunca otro Ksar -terminó ella-. Pero a veces es tan duro...

-Sé que no fallarás a las estrellas -le dijo Hoox, poniendo su mano sobre la de ella-. Sé que no me fallarías a mí.

-Parece que al fin lo has comprendido -dijo Seiza-. No lo hacemos en nombre de millones de criaturas, sino en nombre de cada una de ellas.

Hoox asintió con la cabeza.

-No estamos juntos a menudo, Hoox -dijo Seiza-, pero cuando estamos juntos... Bueno, son momentos muy especiales.

-Lo son, Seiza -dijo Hoox-. No siempre conseguimos todo lo que queremos. Por eso debemos valorar lo que podemos conseguir.

Seiza le sonrió.

Después de eso, ninguno de los dos dijo nada. La puesta de

sol en Coruscant era un espectáculo impresionante: El cielo se teñía de naranja y, mientras el inmenso sol desaparecía lentamente bajo el horizonte urbano, las lunas del planeta empezaban a dejarse ver.

Bajo esta iluminación natural, que contrastaba con la iluminación perfectamente programada de la ciudad, Hoox dejó de mirar a Seiza a los ojos y soltó la mano de Seiza entre las suyas.

Hoox acercó su mano a la mejilla de Seiza y la acarició. Ella se inclinó hacia adelante para poder besarle, lenta y apasionadamente.

Aunque quizá nadie lo sabría, todo aquel inmenso planeta, toda la galaxia estaba en deuda con ellos pero, durante un momento, se tenían el uno al otro. Nada más les importaba.

En la noche del planeta, una estrella parpadeó, como si el universo guiñase uno de sus infinitos ojos.

Fin del vigésimo tercer capítulo

FIN DE "IN NOMINE STELLARIS"

CRÉDITOS

Star Wars: In nomine stellaris.

Una publicación independiente de Vanesa Pizarro y Jorge J. Rodríguez
para www.loresdelsith.net y www.sithnet.com

Para contactar con los autores escribe a: in_nomine_stellaris@hotmail.com

© 1999 de los autores.

Star Wars - La Guerra de las Galaxias es © 1977 de George Lucas.

Impreso en España - printed in Spain.